—En la mañana estaba usted particularmente irritado o irascible.

—Sí, y por eso supongo que nuestra anterior “entrevista”, releída, debe dar un tono insoportable de contradicciones, de denuestos, de imprecisiones y de desvaríos. Pero las horas han pasado y confío en que hablaré con usted más calmadamente.

—A que zona de divagación se dejó llevar?

—Llevar, no arrastrar. Soy un lector infatigable de la Biblia y de sus aledaños. Cuando tengo en la mano los EVALNGELIOS APÓCRIFOS, no sé qué me pasa. Como que me transporto. Los comentadores dicen que estos Evangelios son a la vez un producto de la imaginería oriental y del “pópolo”, de la ternura devocionaria de los cristianos primitivos.

—¿Podría citarme un ejemplo que confirmara esta impresión?

—Desde luego que sí, lea usted, aunque sea un poco largo, este fragmento del Evangelio apócrifo de la HISTORIA DE JOSÉ EL CARPINTERO.

— “1. Cuando mi querida madre me vio palpar su cuerpo, quiso ella a su vez palpar los pies, y notó que el aliento había huido juntamente con el calor”. Remite a una nota de pie de página que dice: “El aliento de la fiebre había abandonado ya sus pies”. Sigo: “2. Entonces se dirigió a mí y me dijo ingenuamente: <<Gracias querido hijo, pues desde el momento en que has puesto tu mano sobre su cuerpo, la fiebre le ha abandonado. 3. Fíjate, sus miembros están fríos como el hielo>>. 4. Yo llamé a sus hijos e hijas y les dije: <<¡Ea!, hablad ahora con vuestro padre, que éste es el momento de hacerlo, antes que su boca deje de hablar y cuerpo quede yerto>>. Y hablaron con él sus hijos e hijas. Mas su vida estaba minada por aquella dolencia mortal que había de provocar su salida de este mundo. 6. Entonces se levantó Lisia, hija de José, para decir a sus hermanos: <<Juro, queridos hermanos, que ésta es la misma enfermedad que aquejó a nuestra madre, que no había vuelto a aparecer por aquí hasta ahora. 7. Esto mismo sucede con nuestro padre, José, para qué no volvamos a verlo por toda la eternidad>>. 8. Entonces prorrumpieron en lamentos los hijos de José. María, mi madre, y yo, por nuestra parte, nos unimos a su llanto, pues, efectivamente, había llegado la hora de su muerte”. Déjeme apuntar la página de la edición, 351, Biblioteca de Autores Cristianos, Aurelio de Santos, 148. No sé qué decir.

—No diga nada. Reposemos un momento. Hay que respirar hondamente y dejar que la emoción se serene. ¿Ya? No le será difícil percatarse de que Cristo aparece aquí con una “objetividad” impresionante.

—Eso de “objetividad” me suena a jerga de escuela de filosofía. A mí la emoción me embarga y no me es posible, así, “ex-abrupto”, maniobrar intelectualmente frente a este texto conmovedor.

—Lo que sugiero es que la vida, esa tristeza sin remedio, es contemplada con desprendimiento por Jesús. No quiero decir que se muestre como un insensible, como un espectador desapegado. Todo lo contrario. Hegel llamaba “saber absoluto”, a un saber que se empapa, que se hunde en la vida, y que, a pesar de ello, es “como ver llover y no mojarse”. Jesús “sabe” lo que está pasando. Distingue, se distingue en el pasaje que usted ha leído, lo que otros “creen” y El “conoce”. Pero esto no lleva ni a altanerías ni a distancias. Atienda a ese pasaje: “María, mi madre, y yo, por nuestra parte, nos unimos a su llanto”.

—El procedimiento reside pues en ver las cosas desde dos planos. María supone que al huir la fiebre, el calor, José ha sanado. Jesús “sabe” que no es así; por el contrario, la invasión paulatina del frío en el cuerpo de José es el avance mismo de la muerte.

—Ha dado con la clave, con la interpretación correcta. Los otros Evangelios, los canónicos, los aceptados por la Iglesia, no echan mano muy habitualmente de este procedimiento. Jesús se nos aleja. Como en el famoso versículo en que pregunta: “¿Quién es mi madre?” Aquí, en cambio, en el APÓCRIFO las diferencias están justamente respetadas y se acusan sin ningún esfuerzo. Hago hincapié en una expresión del texto: María “se dirigió a mí y me dijo *ingenuamente*”.

—Jesús palpa el cuerpo moribundo de José. Me expresé mal. Con ese reconocimiento cae en la cuenta de que la muerte de José es inminente. Pero María palpa a su esposo y no reconoce esa proximidad. Aquí hay pues claramente delineadas dos maneras de interpretar un hecho. Conociendo que la muerte puede llegar de un momento a otro, Jesús congrega a los hijos e hijas de José. Saca, diríamos, inmediatamente una conclusión práctica e invita a una conducta también práctica; los urge materialmente a que aprovechen los escasos instantes. Pero una de las hijas, por un camino de comparación se percata, como Jesús, de que la muerte acecha a José. No es pues tan ingenua como María. E inclusive hace una declaración en la que no parece suponer alguna idea de inmortalidad, ya que dice de José: “No volveremos a verlo por toda la eternidad”.

—No tendría nada que aumentar a su comentario. De aquí a dejar en libre preparación una “receta” literaria hay su trecho. Nadie ignora que el creador “sabe” más sobre su personaje, aunque Unamuno sostenga lo contrario, como usted me hacía notar. Pero si ese saber se convierte en un artilugio de titiritero se frustra todo el asunto. Hay que atinar en la combinación, con la amalgama justa del “saber” del que cuenta y la ignorancia de los que entran en el cuento. Este párrafo ilustra muy bien esta sabia prudencia. Jesús no anula en ningún momento la creencia de los demás, la deja estar. Por su parte procede a instituir un comportamiento conforme a lo que “sabe”. Todo, repito, con suavidad, a pesar de ese “¡Ea!”, ¡tan español!

—En los EVANGELIOS APÓCRIFOS abundan las milagrerías y los prodigios?

—Efectivamente, y de muy diverso valor. Lea usted este párrafo del PROTOEVANGELIO DE SANTIAGO.

—“Cuando estuvieron a tres millas de distancia (de Belén), José volvió su rostro hacia María y la encontró triste; y se dijo a sí mismo: <<Es que el embarazo debe causarle molestias>>. Pero, al volverse otra vez la encontró sonriente; y le dijo: <<María ¿qué es lo que te sucede que unas veces veo sonriente tu rostro y otras triste?>> Y ella repuso: <<Es que se presentan dos pueblos ante mis ojos, uno que llora y se aflige y otro que se alegra y regocija>>”.

—¿Se añade algo más?

—No, ahí termina el pasaje, luego sigue otro que trata de algo completamente distinto.

—Convendrá conmigo en que la eficacia literaria o poética del pasaje, consiste en dejar flotando totalmente en la incertidumbre de esa visión de María sobre las dos ciudades y su traducción expresiva en la tristeza y en la sonrisa. Es, digamos, la magia que procura el fragmento. Recuerde usted el romance del conde Arnaldos: “¡Quién hubiese tal ventura sobre las aguas del mar, como hubo el infante Arnalados la mañana de San Juan”. Queda en suspenso qué le dijo al conde, el marinero que arrimaba su barco. Pero si le añade una exégesis, todo se echa a perder. Tome usted nuevamente el libro de los APÓCRIFOS y lea este párrafo del EVANGELIO DEL PSEUDO MATEO, p. 207.

— “Yendo ya de camino, dijo María a José: <<Veo dos pueblos ante mis ojos: uno que llora y otro que se regocija>>. A lo que éste replicó: <<Por qué has dicho que eran palabras inútiles las que dijo María hablando de los dos pueblos? Ella ha visto llorar al pueblo de los judíos por haberse apartado de su Dios y ha visto regocijarse al pueblo de los gentiles por haberse acercado y adherido al Señor...>>”

—Déjelo ahí. Compare los dos pasajes y habrá aprendido algo acerca de lo que es un buen texto literario y una pifia.